

PEDRO J. RAMIREZ

Regenerar nuestra democracia

Quienes tanto hablan de la reforma de la Constitución, deberían preocuparse antes de cumplirla. La regeneración de la democracia pasa en primer lugar por la defensa de nuestra ley de leyes. Dicen que la Constitución es ambigua en cuanto al respeto a determinadas libertades. La ambigüedad está más bien en el corazón de la mayoría de nuestros políticos, a quienes les resulta mucho más fácil apretar el botón en el Congreso que actuar luego en consecuencia.

Por primera vez en siglo y medio España tiene una norma fundamental que no puede ser utilizada como arma arrojadiza de una parte de la ciudadanía contra otra. No es hora de obsesionarse en sus imperfecciones técnicas. Es hora de profundizar en sus posibilidades de saneamiento ambiental hasta hacer más respirable nuestra atmósfera política.

Próximos ya al quinto aniversario de la muerte del general Franco, la estela con los aspectos más negativos de su régimen todavía contamina nuestras aguas. La semana pasada nadie celebró el tercer cumpleaños del espíritu del 15 de junio, por la sencilla razón de que no quedaba ilusión para encender ninguna vela.

Imprudentemente conservadores

Entonces se optó por el «cambio sin riesgos». De un tiempo a esta parte proliferan las segundas, terceras y cuartas lecturas que pasan de puntillas sobre el sustantivo, para instalarse cómodamente en la parte adjetiva de la proposición.

Nuestros políticos se han vuelto imprudentemente conservadores. Parecen no darse cuenta de que la ecuación funciona de tal forma, que en la España de 1980 cuanto menor sea el «cambio», mayores serán los «riesgos».

Tenemos, eso sí, conservadores de distintas gamas, colores y especies. Carrillo es infinitamente más conservador que Fraga y casi tanto como Suárez. Como no se espabile, Felipe González terminará convirtiéndose en uno de ellos.

«Conservan», claro está, cosas diferentes —fundamentalmente sus posiciones relativas de poder—, pero es el efecto acumulativo de sus actitudes lo que sanciona la pervivencia de unos hábitos sociales todavía más aburridos que injustos. Se aferran a la idea de que la baraja quedó hace tres años repartida y por eso, entre todos, han difuminado la significación del 1 de marzo del 79.

Ese día debió darse por terminada la cimentación de la democracia y debió comenzar la edificación de la «Nación». La democracia es un entramado de mecanismos institucionales. La «Nación» —así, entre comillas y con mayúscula, como

la escribe jacobinamente Xavier Domingo— es un código de señas de identidad común, fruto del buen uso reiterado de tales mecanismos.

Adolfo Suárez pidió perdón en el último tramo del debate parlamentario por no haber desarrollado esa «nueva manera de gobernar» prometida durante la campaña. Felipe González debería haber hecho otro tanto, porque la acumulación dogmática de su partido no le ha permitido evolucionar lo suficientemente deprisa hacia esa «nueva manera de ejercer la oposición» que el país necesitaba.

¡Y qué decir de fray Santiago, anclado en el más inmovilista de los liderazgos de la historia española del siglo XX! Una vez acuñado el rótulo, una vez concluido el libro, el «eurocomunismo» se ha convertido en simple coartada de acomodación personal en un «status» que el 20 de noviembre del 75 ni de lejos soñaba poder alcanzar.

La decepción de los jóvenes

Comprendo bien la decepción de los jóvenes comunistas —José María Mohedano es un buen ejemplo— que, hartos ya de ascética y de mística, han buscado la liberación lejos de su iglesia. Tiene mucho que ver con la decepción de muchos jóvenes centristas que escucharon que el suyo era el «partido de las libertades» y han descubierto que es el partido que impide que dos seres adultos puedan deshacer de mutuo acuerdo su unión matrimonial. Es decir, el partido de Díaz Pinés, matemático y célibe.

Nuestros políticos se han vuelto perezosos porque ganan más dinero y gozan de mayor respetabilidad social de la que disfrutaban en sus actividades anteriores. Cobran por entender el lenguaje de los dedos del portavoz situado en la primera fila del hemiciclo y sortean cuantos temas puedan acarrearles dificultades. Nadie habla de los privilegios de determinadas castas funcionariales, ni del pésimo funcionamiento de la administración de justicia, ni del caos urbanístico y circulatorio de las grandes ciudades, ni de la posibilidad de abolir el servicio militar obligatorio.

Son temas prepolíticos.

de sociedad civil, de calidad de vida democrática. Temas insertos en la encrucijada de perplejidades y zozobras que para el mundo occidental constituye el arranque de la presente década. Abordarlos requiere enormes dosis de creatividad e imaginación, porque sólo «cambiando» podremos prosperar.

La mala uva colectiva

Pero en España se bosteza mucho y se piensa poco. Los defectos de los «padres de la Patria» no son sino los de todos nosotros, subrayados por los espejos cóncavos y convexos de ese inmenso Callejón del Gato que es la mala uva colectiva.

Sin concretar si su ocurrencia también le descalifica a él, Fernando Abril a veces comenta que el único



«... calcomanías de aquel personaje de «La escopeta nacional» que implacablemente perseguía una «concesión», para instalar porteros automáticos.»

que en España cree en el «mercado» es uno de la UGT. Muchos de los empresarios que cada día pasan por su despacho, en rosario de manos abiertas y extendidas, parecen desde luego calcomanías de aquel personaje de «La escopeta nacional» —menos mal, y hablo

de Berlanga, que aún nos quedan Valle Inclán— que implacablemente perseguía una «licencia», una «concesión», una «subvención», una «ayuda», un «permiso» para instalar porteros automáticos.

Las centrales sindicales saludan, mientras tanto, el

incremento del salario mínimo interprofesional con el mismo entusiasmo con que lo hacían los verticales del franquismo, ignorando el enorme perjuicio que, como demostraba ayer en el «ABC» mi amigo Pedro Schwartz, esta medida ocasiona a los jóvenes sin empleo.

¿Puede haber regeneraciones sin Desastre? Ese es el reto que la historia plantea a quienes desde la política y desde fuera de ella, son por su talante depositarios del legado de Feijoo y de Larra, de Ganivet y de Ridruejo, del liberalismo de la escuela de Salamanca y el «krausismo» de la Institución Libre, esos contados españoles capaces, como escribió Joaquín Costa, de «levantarse antes del amanecer».

No sé si puede haber regeneracionismo sin Desastre previo, pero intuyo que algún tipo de desastre nos aguarda si no conseguimos pronto que nuestra democracia deje de ser la continuación —Luis Martín Santos nos vigila, inquieto, «desde fuera»— de aquel sordido y lúgubre «Tiempo de Silencio» en el que todo era siempre inevitablemente igual a sí mismo.